

Su cuerpo diminuto es un encanto;
Pero realza sus hechizos tanto
De sus labios la plácida sonrisa,

Que al verla caminar tan salerosa
Toda ella se asemeja á linda rosa
Que suave mece en el rosal, la brisa.



TRADUCCIONES.



EL ASILO NOCTURNO.

Francois Coppée.

A LA SRA. ELENA MARISCAL DE LIMANTOUR.

Me estremece evocar ese recuerdo:
Una noche llevóme un buen amigo
Á aquella casa que en París da abrigo
Á la mujer que vive sin hogar.
Mostrando algún papel, diciendo un nombre,
Pueden ir á llamar á aquella puerta,
Que se halla siempre al infortunio abierta,
Las que en la noche vagan al azar.

Y allí tendrán para dormir un lecho,
 Plato de sopa que caliente humea,
 Y junto á la encendida chimenea
 Dulce calor, reposo y protección.
 Nadie, indiscreto, de la oculta pena
 Preguntará la causa; respetada
 Habrá de ser quien calle, y esperada,
 De quien la quiera hacer, la confesión;

Pues se debe ignorar en ese albergue,
 Al hacer á quien llega, un beneficio,
 Si de aquel que lo pide el nombre es vicio
 Ó si su nombre la miseria es.
 Debe saber la caridad cristiana,
 Ante el dolor y el infortunio humanos,
 Para todos abrir entrambas manos,
 Pero cerrar los ojos á la vez.

Yo he penetrado allí; yo las he visto
 En la sala común: tristes, calladas,
 Pensativas, las frentes doblegadas
 De la miseria bajo el peso atroz,

Sentadas en los bancos de madera,
 El dolor en su rostro reflejando,
 Y en sus brazos convulsos, estrechando
 Un niño pequeñuelo, á veces dos.

¡Qué dolores agudos y punzantes!
 ¡Qué penas tan horribles y profundas
 Devoran de esas pobres vagabundas
 El tierno y lacerado corazón!
 ¿Quiénes son las que llegan al asilo?
 Sirvientas de las casas arrojadas,
 Son obreras sin pan y abandonadas
 Por el marido infiel, esposas son.

Son ancianas que gimen de los años
 Bajo la triste, agobiadora carga,
 Y esas, cuya miseria es más amarga,
 Jóvenes madres, víctimas de amor;
 Ellas pensando sin cesar en su hijo
 Del hospital á un lecho confiado
 Con las manos sostienen el hinchado
 Seno que llena el maternal licor.

Yo las he visto, lívidas, la sopa
Comer con avidez, y casi muertas
De fatiga, llegar hasta las puertas
Del dormitorio y trasponer su umbral.
Para sus noches breves no he deseado
Que las aduerma halagador ensueño
(Cruel despertar sería), sino un sueño
De ciego olvido, al de la muerte igual.

Pues dormir es hallar cortos instantes
Tras recia tempestad, de dulce calma;
Es el reposo que devuelve al alma
Su perdido valor para luchar.
Para aquellos que sufren y no abrigan
Siquiera una esperanza, es dulce olvido.
Mujeres que sufrís y habéis sufrido,
Dormid hoy; sufriréis al despertar.

¡Cuántas en otros tiempos la existencia
Por calles y por plazas arrastraron
En las grandes ciudades, y no hallaron
Para dormir do reclinar la sien!

Tal parece que existe en este mundo
Ley dura, inexorable, que prohíbe
Á los pobres dormir, porque los prive
Bajo el cielo, de amparo y de sostén.

¡Pobre mujer, del hospital saliendo
Ya libre de tus males, que al acaso,
De este inmenso París con lento paso
Te pierdes en el fango, sin hogar!
¡Es media noche. Cruza por las calles
Desiertas; que del gas la viva lumbre
Te acompañe y doquier tu paso alumbre;
Marcha, nocturno espectro, sin cesar!

¿Lloras, acaso? Es noche cruel de invierno
Y en tus mejillas se helará tu llanto;
Anda, te envuelve de la niebla el manto,
Cubre tus pies el lodo. Ve, al azar;
Camina hasta mañana. ¡Desgraciada!
No sigas el sendero que te guía
Del Sena hasta los puentes; te daría
Lecho mortal su linfa, al resbalar.

Ya no existe en París ese suplicio;
 Las que vagan de noche á la ventura
 Saben que hay quien consuele su amargura
 Y al asilo nocturno acudirán.
 Franca hospitalidad, sin ser pedida,
 Encontrarán allí; que las hospedan
 Por un día, por dos..... hasta que puedan
 Con el tiempo encontrar trabajo y pan.

No bastan los cuantiosos donativos;
 París es grande y grande su pobreza;
 Esta obra hospitalaria que hoy empieza
 No alcanza la miseria á remediar.
 Sólo un asilo de apartado barrio,
 En un rincón, abierto se mantiene,
 Y la miseria que de lejos viene
 Mucho ha de padecer para llegar.

Abreviad su camino á los que sufren;
 Felices de este mundo, si os es dable
 Del bien abrir la fuente inagotable,
 El bien para los pobres derramad.

No esperéis que vuestro óbolo se os pida;
 Á la miseria dad vuestro tributo,
 Que él habrá de rendir opimo fruto;
 Un nuevo asilo debe abrirse. Dad.

Mujer que en la alta noche, del teatro,
 Envuelta en rico y opulento traje,
 Y mecida en espléndido carruaje,
 Volvéis tranquilamente á vuestro hogar,
 Pensad que otra mujer á esa misma hora,
 De fuerzas falta, un miserable lecho
 Al otro extremo de París, y un techo
 No puede inconsolable ir á buscar.

Pensad, cuando vayais, á la luz ténue
 De opaca veladora, emocionada,
 En la pequeña alcoba perfumada
 Con un beso vuestro hijo á despertar,
 Que hay otra madre que con su hijo en brazos
 El ómnibus pasar mira anhelante,
 Que el Asilo le queda muy distante
 Y un niño es dura carga para andar.

¡Si hicieran todos cuanto bien pudieran!
 Del Asilo al umbral llegóse un día
 Una pobre mujer que parecía
 Más bien refugio y pan buscar allí,
 Y al ir á hacerla entrar, sacando al punto
 Bajo su viejo chal unos vestidos
 De niño, bien cuidados, por gemidos
 La voz entrecortada, dijo así:

“Ha muerto mi hijo y no los necesita,
 El recuerdo me es caro, pero inútil;
 Dad la ropa á los niños, tal vez útil
 Pueda el Asilo mi óbolo encontrar;
 Pues ha de preferir, así lo creé
 Mi corazón de madre, el angel mío,
 Que si él bajo la tumba siente frío,
 Los otros puedan un abrigo hallar.”

Madre que nunca olvidas al que sufre,
 Mujer que das cuanto no te hace falta,
 Y en quien la pena la virtud exalta,
 De un Dios de amor la bendición tenéis.

Y vosotros que dar podéis, ¡oh ricos!
 Si os conmueve este ejemplo de ternura,
 Verted ante el dolor lágrima pura,
 Como esa madre obrad: bastante haréis.....





LA FUENTE.

Leconte de Lisle.

Del sol oculta al ardoroso fuego,
Brilla en la muda selva una agua viva:
Dóblanse allí los juncos, y florecen
Jacintos y violetas á porfia.

Ni las cabras que pacen los amargos
Citisos por las próximas colinas,
Ni los pastores que la flauta tocan
Enturbiaron la fuente cristalina.

Los negros robles que aman las abejas
Le dan á aquel paraje paz dulcísima;
Y entre el follaje, el cuello, las palomas
Acurrucadas bajo el ala abrigan.

Los grandes ciervos en las zarzas húmedas
Fresco rocío matinal aspiran;
Y duermen los Silvanos perezosos
Bajo verde dosel de hojas tranquilas.

Y la blanca Nais entre la fuente
Cierra sus bellos ojos adormida,
Y sueña; errante en sus purpúreos labios
Vaga armoniosa y plácida sonrisa.

Ni un ojo ardiendo en amorosas ansias
Ha visto bajo el agua, á aquella Ninfa
De niveo cuerpo y larga cabellera,
Dormir sobre la arena diamantina.

Nadie ha mirado el brillo de sus senos,
El cuello blanco y juvenil mejilla,

De la espalda el contorno delicado,
Los brazos y la boca purpurina.

Mas Aigipan lascivo entre el follaje
Las ramas abre y en acecho atisba;
Y ve el cuerpo brillar bajo las aguas
Enlazado por húmedas caricias.

Con inhumano gozo al punto rie;
Atruenan el fresco asilo con su risa:
Y ella despierta, al ruido palidece,
Y huye como una sombra fugitiva.

Como esa Ninfa que en repuesto bosque
Se aduerme entre las ondas cristalinas,
De impuros ojos y profanas manos
Huye, ¡oh beldad!, ¡oh luz del alma mía!





LOS ELEFANTES.

Leconte de Lisle.

Es como mar sin límites en su lecho dormida
La arena del desierto que se ve fulgurar,
Y llena el horizonte, del cielo suspendida,
Cobrizo, inmóvil nube, del hombre en el aduar.

Ningún rumor, ni vida. Repletos é indolentes
Dormitan los leones en el cubil do están;
Y bebe la girafa en las azules fuentes
Allá bajo los dátiles, do las panteras van.

Ni un ave el ala agita y á atravesar se apresta
 El aire espeso en donde circula inmenso el sol;
 Á veces algún boa, que duerme al sol la siesta,
 El dorso mueve y luce su escama un tornasol.

Cual áscua arde el espacio bajo los cielos mudos;
 Y mientras duerme todo en el rojo arenal
 Rugosos elefantes, viajeros lentos, rudos,
 Se van por el desierto á su país natal.

De polvo nubes alzan siguiendo su trayecto;
 Como una masa negra de lejos se les ve,
 Y para no apartarse de su camino recto
 Las dunas altas hunden debajo de su pie.

El Jefe es quien al frente del grupo aquel camina;
 Su cuerpo es como un tronco que el tiempo carcomió;
 Cual roca es su cabeza y el arco de su espina
 Se dobla poderoso si en ello se empeñó.

Sin nunca detenerse ni apresurar el paso
 Hacia un paraje cierto conduce á los demás,

Y surcos arenosos ahondando allí al acaso
 Los peregrinos marchan de su patriarca atrás.

La oreja en abanico, al aire la ágil trompa,
 El vientre palpitante, cubiertos de sudor,
 Cerrados los dos ojos, caminan con gran pompa
 É insectos mil los siguen zumbando en derredor.

Ni las voraces moscas, ni la sed les importan,
 Ni el sol cuyas rugosas espaldas calentó;
 Marchando tal vez sueñan, cuando el desierto cortan,
 De higueras con el bosque que á su raza abrigó.

Verán ellos el río por montes resbalando
 Do nada el hipopótamo mugiendo sin cesar,
 Do al rayo de la Luna, su forma proyectando,
 Su sed, rompiendo juncos, bajaban á calmar.

Y marchan lentamente; borrando los senderos
 La línea negra avanzan con paso siempre igual;
 Cuando en el horizonte se pierden los viajeros
 Su inmóvil calma cobra de nuevo el arenal.



EL JAGUAR.

Leconte de Lisle.

De lóbregos barrancos debajo la cortina
En olas espumantes se ve la luz saltar
Y míranse las pampas tras pálida neblina
De la tarde en la fresca atmósfera temblar.

Allí de los pantanos que erizan hierbas rudas
De rocas y arbolados, del cálido arenal
Subir se escucha y rueda por las pampas desnudas
Del sol desconocido suspiro funeral.

La luna que se enciende entre vapores blancos
Sobre el lecho de un río de férvido bullir,
Entre el ramaje espeso que cubre los barrancos
De los caimanes hace la espalda relucir.

Algunos van hambrientos las colas arrastrando,
Haciendo allí las férreas mandíbulas chocar;
Inmóviles los otros, las fauces refrescando,
Se miran como troncos rugosos reposar.

Es la hora en que ojo alerta, hocico en movimiento
Subido en el caobo y echado cual reptil,
El cazador nocturno, errante sobre el viento,
De carne viva siente perfume asaz sutil.

De muerte para su obra famélico trabaja;
Prepara dientes y uñas trepado en su árbol fiel;
Y araña a corteza, la muerde, estira y raja
Y alisa con la lengua los pelos de su piel.

Retuerce la ágil cola; del tronco la corteza
Con furia azota brusco la cola al sacudir;

Después sobre las patas alarga la cabeza
Y ronca dulcemente tratando de dormir.

Se calla de repente; inmóvil, recostado,
Cual piedra entre las ramas de su árbol se le vé,
Que humeando las narices, el cuerno levantado,
Un toro de las pampas contempla allí de pié.

Tres pasos adelanta y el miedo lo retiene;
Que sobre el negro tronco que desfloró al pasar,
Clavados en sus carnes que el frío helando viene,
Dos ascuas vé, dos ojos, cual ágata brillar.

Estúpido, en sus piernas inertes vacilando,
Mugido formidable de pánico lanzó;
Y el otro desde su árbol, prestísimo saltando,
Cual arco que se extiende, al cuello se aferró.

El toro ceja y baja los cuernos presuroso,
Que el choque no previsto oblígalo á ceder;
Más corre por los llanos sin límites, furioso,
Llevando á su salvaje ginete por doquier.

Por la movable arena que se amontona en duna
 Salvando los pantanos, la roca, el matorral,
 Pasar se les contempla al rayo de la Luna
 El uno ciego, el otro clavado en su animal.

En el espacio inmóvil los dos desaparecen;
 Recla el horizonte y ensáchase á la par;
 Sus débiles rumores, que lánguidos decrecen
 Apagan en la noche su sordo resonar.



LOS PERROS LADRADORES.

Leconte de Lisle.

El sol entre las ondas sus llamas apagaba;
 Al pie de oscuros montes dormía la ciudad;
 Y el mar, que con su espuma las rocas coronaba,
 Vibrar, ruiendo, hacía la vasta inmensidad.

Aquel gemido eterno la noche repetía,
 Ni un astro en lo infinito mirábase brillar;
 Las nubes apartando, la Luna blanca y fría
 Como una triste lámpara veíase oscilar.

De un orbe ha tiempo muerto, despojo dispersado,
 Un mundo que marcara colérica señal,
 Caer la Luna hacia desde su globo helado
 Sobre el polar Océano, reflejo sepulcral.

Debajo un cielo ardiente, el África dejaba,
 Buscando espesa sombra, sobre la arena errar
 Hambrientos sus leones, y al elefante enviaba
 Muy cerca de los lagos reposo y calma á hallar.

Mas en las playas áridas, vagando entre osamentas
 De bueyes y caballos de olor pestilencial,
 Abriendo perros flacos las bocas macilentas
 Ahullaban, exhalando ladrido funeral.

La cola bajo el vientre, los ojos dilatados,
 Sobre sus patas débiles, temblando de pavor,
 Aquí ó allí ladraban, inmóviles, sentados,
 Y á veces sacudidos por rápido temblor.

Los pelos de la espina la espuma les plegaba
 Dejando al descubierto las vértebras mirar;

Y cuando el oleaje saltando las mojava
 Oíanse sus dientes chocando resonar.

Al lívido reflejo de Diana vagabunda
 ¿Qué angustias ignoradas al borde de la mar
 Llorará un alma hicieron en vuestra forma inmunda?
 ¿Por qué gemís, espectros? ¿Por qué, por qué llorar?





EL BALCÓN
DE LA CASA PATERNA.

LAMARTINE.

Troncos de vid sus pámpanos tendían
Alrededor del techo de mi hogar,
Y hasta el balcón los pájaros venían
Los maduros racimos á picar.

Mi madre tierna á nuestros bocas daba
Las uvas llenas de sabrosa miel,
Y después á las aves las brindaba
De su alimento cuidadora fiel.

Ya no vienen los pájaros; ya muerta
Á la tumba mi madre descendió;
Las hierbas cubren de mi hogar la puerta
Y la frondosa vid se marchitó.

Yo entanto al recordar aquellos días
Y las horas felices de mi hogar,
Al pensar en sus dulces alegrías,
Me pongo, como niño, á sollozar.

Que aquella vid junto á la cual crecimos
Nunca podrán sus hijos olvidar.....
¿Jamás sobre mi tumba sus racimos
Vendrán aquellas aves á picar?

